

## *Introducción*

El libro *Recuerdos del futuro*, de Erich von Däniken, marcó una época al igual que lo ha hecho recientemente *El código Da Vinci*, de Dan Brown. Quizá tenía más mérito la obra de Däniken porque cuando fue publicada (la edición original es de 1968 y su traducción al castellano, de 1970), ni había Internet ni los medios de comunicación eran tan pertinaces como lo son ahora. Simplemente el boca a oreja hizo que su difusión corriera como la pólvora y se vendieran millones de ejemplares en todo el mundo.

En su primer libro, el autor suizo proponía la sugerente idea de que ya en nuestra Prehistoria y durante la Antigüedad nos visitaron seres de otros planetas. Estas visitas fueron entendidas por nuestros ancestros como si fueran la llegada de los esperados dioses. Prueba de ello, siempre según Däniken, es el legado arqueológico de culturas como la egipcia, la maya o la india que, si sabemos interpretarlas, hacen alusión a esos supuestos contactos interplanetarios.

No es que Däniken fuera el primero ni el más original a la hora de proponer ese tipo de teorías. Pero sí tiene el mérito de haber sido el gran difusor de estas ideas.

Cuando yo no tenía ni diez años cayó en mis manos un ejemplar de *Recuerdos del futuro*. A pesar de que todavía era muy niño y que seguramente no era una lectura para mi edad, el libro se me presentaba como algo fascinante. Fue una especie de ventana a otro mundo; algo totalmente diferente a lo que estaba acostumbrado a escuchar. Y, claro, la pregunta

es qué podría haber escuchado un niño de mi edad para poder hacer juicios de valor sobre teorías o hipótesis a cada cual más insólita. En aquel momento me daba igual. Me parecía interesante. Condicionado por un ambiente familiar en el que los temas del mundo de lo insólito eran el pan nuestro de cada día, uno pierde el horizonte y cae en las garras de la ambigüedad.

En aquella época yo no sabía quién era Erich von Däniken, un autor del que no sabía —ni me interesaba— que era un antiguo hostelero suizo que había hecho una fortuna vendiendo libros fantásticos sobre las visitas que en la Antigüedad nos habían hecho los extraterrestres. La propia cubierta del libro fue durante años un enigma en sí mismo. Tardé mucho tiempo en darme cuenta de que las extrañas sombras que aparecían en la portada no eran lo que yo veía, una especie de muñeco con un elegante sombrero napoleónico, sino una fotografía en perspectiva de la losa de piedra que cubría la tumba del Señor de Pacal en el templo de las Inscripciones de Palenque, más conocido como el «astronauta» de Palenque.

Hoy conservo el libro y cada vez que lo miro sigo viendo a ese personaje napoleónico, si bien ya soy capaz de ver también, cambiando el «chip» visual, la figura del conocido «astronauta».

El libro de Däniken, y todos los que le siguieron durante las décadas de 1970 y 1980, albergaba en sus páginas un montón de elementos extraordinarios; evidencias todos ellos, siempre según Däniken y sus correligionarios, de la visita de extraterrestres en la Antigüedad. Mapas aéreos de nuestro planeta de 11.000 años de antigüedad, aeródromos prehistóricos, explosiones atómicas de hace miles de años o representaciones de astronautas en los albores de la civilización humana eran algunos de los ingredientes comunes en este tipo de literatura.

No me voy a poner a dar ejemplos en esta introducción. El libro está plagado de ellos y las referencias al trabajo de Däniken o de otros autores de la misma cuerda y época serán continuas.

Adonde quiero llegar es que, las imágenes que en aquellos años de juventud me parecían tan evidentes y claras como el agua con el paso de los años y la madurez que da el apreciar las cosas desde otra óptica —mucho más racional— las he visto de una manera totalmente distinta.

El primer capítulo que propongo está dedicado al llamado «astronauta» de Palenque, nombre con el que incluso se le conoce en la literatura académica. Es quizá un ejemplo esclarecedor del contenido de este libro. Una losa funeraria de piedra del siglo VII de nuestra era en la que podemos ver con toda claridad a un individuo sentado en una suerte de aparato parecido a una moto, con las manos en el manillar, cambiando de marchas con el pie y, tras él, una densa nube de humo producida por la combustión del motor. Si lo vemos descontextualizado, efectivamente, no tardaremos en dejarnos llevar por la evidencia subordinada a nuestra realidad y ver en la figura del pobre Pacal —el rey cuya tumba cubría la polémica losa—, a un individuo delante de los mandos de un aparato o nave. En cambio, si comparamos el relieve con otros similares pronto descubriremos que no hay ni mandos, ni nave, ni humo, y que su realidad arqueológica encaja perfectamente en el mundo artístico del siglo VII de la cultura maya.

La obra de Däniken forma parte de una época en la que esas piezas fueron extraordinarias. No había Internet, y el acceso a la bibliografía especializada era difícil. Por lo tanto, ha costado sangre, sudor y lágrimas acabar con algunos de esos mitos. En ocasiones, la interpretación que se hacía de ellos no era ni mejor ni peor que la oficial, por lo que durante años las dos corrieron juntas hasta que una pudo con la otra.

Desde el punto de vista antropológico nos enfrentamos a un tema apasionante: la búsqueda de soluciones a los problemas cotidianos echando mano de realidades descontextualizadas de nuestro entorno. A lo largo de la Antigüedad hasta bien entrada la Edad Moderna, casi después de la Revolución Francesa en 1789 y los primeros pasos del racionalismo, la solución a los problemas que presentaban los hechos

extraordinarios venía de la mano de lo divino, lo sobrehumano o lo espiritual. No había otra forma de entender por qué llovía de una forma tan despiadada sobre un lugar hasta acabar con la vida de miles de personas si no era mediante la explicación del enfado de alguna divinidad. Las plagas que asolaron Egipto antes de la salida de Moisés y el pueblo de Israel según la tradición bíblica, se debieron, en breve, a un contencioso teológico. Incluso en plena época contemporánea, cuando en 1912 el *Titanic* chocó con un iceberg en Terranova, hay quien no tardó en señalar que aquello era un castigo divino. Tal afirmación se basaba en la idea de que el constructor del enorme trasatlántico había señalado que aquel barco «no lo hundía ni Dios».

Como vemos, nuestro condicionamiento religioso a lo largo de la historia ha sido muy grande. Sin embargo, en el siglo XX todo ha cambiado. Especialmente el cambio se observa después del nacimiento del fenómeno ovni como tal en 1947 cuando Kenneth Arnold divisó los primeros platillos volantes reconocidos sobre el monte Rainier en Estados Unidos. Eso sí que fue el pistoletazo de salida para que los hombrecillos verdes (la identificación de este color con alienígenas nace en el siglo XIX y es una historia fascinante en sí misma) comenzaran a ocupar un espectro amplio de nuestra sociedad. En pocos años, la religión quedó en un segundo plano como justificación de los fenómenos anómalos o extraordinarios y pasó el relevo al fenómeno ovni. En la década de 1960 y mucho más en la de 1970, cualquier hallazgo que presentaba problemas de identificación en el ámbito arqueológico era de naturaleza extraterrestre.

Las teorías que se presentan en este libro son totalmente reales. Están perfectamente reflejadas en libros publicados recientemente, tal y como queda de manifiesto en los fragmentos que he seleccionado. Con ellos he querido ilustrar y acercar al lector de ahora la visión de los objetos extraños y de los hallazgos arqueológicos anómalos que se tenía hace no tanto

tiempo. No se trata de bromas ni de burlas para reírse de antiguos investigadores. Aquí solamente hablo de propuestas verídicas. Podría haber metido entre estas páginas al famoso astronauta de la catedral nueva de Salamanca. A muchos les llamará la atención si no lo conocen, pero en la entrada del templo, sobre su jamba izquierda podemos ver a un simpático astronauta volando entre la hojarasca que decora esta parte de la puerta. A nadie se le ha ocurrido decir, al menos no lo he oído todavía, que se trata de una prueba irrefutable de la presencia de seres extraterrestres en el Renacimiento español. Se trata de un astronauta al más puro estilo Neil Armstrong en la Luna, con su traje abultado, su casco y su panel de control en el pecho. Pero no es del Renacimiento, como el resto de esta magnífica catedral, sino producto del guiño del artista moderno que trabajó en una reciente restauración. Y no es un caso único. Una de las gárgolas de la catedral de Palencia es en realidad un fotógrafo que parece hacer una instantánea a todo aquel que se acerca a contemplarlo desde abajo.

Con el paso del tiempo y tomando como referencia el trabajo de algunos de estos investigadores, desde mi punto de vista hay dos maneras de interpretar la presencia de un error en la interpretación de una pieza. Muchos de ellos han acabado reconociendo el «resbalón» o han dulcificado sus teorías, como el caso del propio Erich von Däniken. Otros han añadido a sus trabajos las interpretaciones más académicas sin negar así al lector la posibilidad de poder valorar y elegir. Por el contrario, y esto no lo entiendo, está la actitud de otros «investigadores» que, aún sabiendo que esas teorías o planteamientos se caen por su propio peso, siguen defendiéndolos negando la evidencia lógica con la simple negación. Sé que no es una razón económica. Por mucho que digan los escépticos, nadie vive sólo de decir que nos visitan los marcianos. Pero me duelen los casos de algunos que son capaces de construir teorías basadas, literalmente, en nada, cuyo único argumento para defender sus postulados es que tienen razón —sin más—, y que no entienden que lo que ellos llaman la ciencia oficial dé la espalda a una realidad que no quieren ver

porque no les conviene. No voy a dar nombres aquí porque ellos mismos se van a retratar a lo largo de las páginas de este libro.

En el caso de Erich von Däniken no tiene que haber malos entendidos. Ya creamos en sus excéntricas teorías o no, gracias a sus libros hoy podemos colocar en el mapa lugares que hasta hace cuatro décadas eran totalmente desconocidos para el público en general. Las líneas de Nazca en Perú, los moais de Isla de Pascua o las cuevas de Ecuador eran lugares ignotos hasta que él colocó allí sus extraterrestres. Por cierto, que nadie se lleve a engaño con este libro. En absoluto pretende ser una negación de la vida extraterrestre o de la visita de estos seres en la Antigüedad. Nada más lejos de la realidad. Sí creo en la existencia de vida fuera de nuestras fronteras terrestres y en que muy posiblemente nos visitaron al igual que lo hacen hoy. Sin embargo, no por ello tenemos que mezclar churras con merinas y decir disparates. Si en la actualidad creer en extraterrestres es casi más una cuestión de fe que de evidencias tangibles, en el mundo arqueológico el porcentaje se puede reducir a una nimiedad hoy por hoy despreciable.

Este libro es el «hijo» editorial de un proyecto radiofónico. Durante un año el programa de la Cadena SER *Milenio 3*, dirigido y presentado por Iker Jiménez, emitió la sección Arqueología imposible, en la que mi voz desgranaba en apenas tres minutos algunos de los casos que en este libro aparecen ampliados y desarrollados. La música de fondo era el tema principal de Olim, trabajo del músico belga Michel Huygen. La elección no es casual. Esa música, lo sabrán los de mi generación y los más mayores, sirvió de sintonía de la cabecera de la serie de televisión *El Imperio del Sol*, dirigida y presentada por Fernando Jiménez del Oso.

El Dr. Jiménez del Oso sirvió de vehículo transmisor de muchos de los elementos que dan cuerpo a este libro. Él nunca fue estandarte de ninguna Verdad con mayúsculas, e inclu-

so no tuvo reparos en incluir en sus programas el testimonio de científicos que echaban por tierra las teorías de, por ejemplo, Däniken. Además, una de las virtudes del Dr. Jiménez del Oso, con quien tuve la suerte de trabajar durante muchos años e incluso de hacer varios programas para la televisión, fue la de rectificar. En el mismo instante en que llegaron a sus oídos las interpretaciones más lógicas del, por seguir con el ejemplo, «astronauta» de Palenque, fue el primero en darnos a conocer esa nueva realidad más acorde con la arqueología.

No es que con este libro quiera corregir o amonestar el trabajo de mi buen amigo Fernando. Todo lo contrario. Pero el usar su música en la sección de la radio sí me hizo sentir un poco esa especie de apéndice o complemento a muchos de sus trabajos todavía válidos.

En ocasiones, en los foros de Internet nacidos al abrigo del programa de radio se ha comentado que mis planteamientos parecen más del mundo de los escépticos (Dios me libre de verme relacionado con esa clase de ególatras, reprimidos, tristes y amargados) que de los seguidores y amantes de los misterios. Creo que una cosa no quita la otra. Que desmitifique grandes clásicos del mundo de la arqueología no significa que no me apasionen los misterios de la Antigüedad. Todavía quedan muchos en pie. No hay más que echar un vistazo al epílogo del libro para descubrirlo.

Es cierto que aún hoy existen otras «leyendas urbanas» del mundo del misterio que van atrapando a nuevas generaciones de investigadores. Pero es ley de vida reconocer que la inmensa mayoría de ellos crecerán, evolucionarán y seguramente serán capaces de, en un futuro, dar la espalda a muchas teorías excéntricas, sin ningún rigor científico y que, sobre todo, son un verdadero insulto a la forma de trabajar y pensar del hombre antiguo.

En estas páginas me he ceñido a unos pocos ejemplos. En su mayoría se trata de objetos, teorías o lugares que durante años se han tomado en el mundo de la «para-arqueología»,

por llamarla de alguna forma, como realidades *per se*. Hay algunos ejemplos más cercanos en el tiempo que no tienen más de cinco años, pero que por su singularidad merecían estar presentes en esta *Arqueología de los dioses*.

La gente que me conozca de otros trabajos sabe que mi especialidad es la egiptología. Casi la totalidad de mis trabajos e investigaciones están volcadas en este sentido. Y como la cabra tira al monte, el lector no pasará por alto que varios de los capítulos están dedicados, precisamente, a Egipto. He de reconocer que es el mundo que más conozco y que más me atrae. Así que, al fin y al cabo, como yo soy el autor y el padre de la criatura, me he tomado la libertad —espero que sepan disculparme— de incluir unas cuantas referencias a Egipto en las que me he explayado sin ningún tipo de apremio o coacción.

Seguramente, después de leer este libro, más de uno se va a sentir aludido o herido en sus planteamientos. Si es así, lo siento. Nada más lejos de mi intención herir la sensibilidad científica de nadie. Y si no lo entiende, que espabile, que lleguen otros pegando fuerte por detrás. En definitiva, quien se pica, ajos come, según reza un refrán perteneciente a nuestro rico acervo cultural castellano.

La *Arqueología de los dioses* nos espera. Sean todos bienvenidos.

En la casa de la Princesa a 1 de febrero de 2007



## *El «astronauta» de Palenque* *El más allá del espacio*

Alberto Ruz de Lhuillier (1906-1979), al que también podemos encontrar en la bibliografía como Alberto Ruiz, nació en París. De joven se trasladó a Cuba, donde se educó en la universidad nacional de aquel país para luego saltar a México. Allí Ruz amplió sus estudios en la Escuela de Antropología e Historia. Sus investigaciones sobre arqueología y antropología de la cultura maya le llevaron a la Universidad Autónoma de México y a volver a París, donde se convirtió en poco tiempo en uno de los máximos especialistas.

El hallazgo más importante de Alberto Ruz, y por el que alcanzó fama mundial, fue el descubrimiento en el año 1952 de la tumba del Señor de Pacal (615-683 d. C.) en lo más profundo del templo de las Inscripciones de Palenque, en el estado de Chiapas (México). Este complejo arqueológico se encuentra a unos 8 kilómetros al sur de la población de Santo Domingo del Palenque, de donde toma su nombre, en el extremo sur de la península del Yucatán.

Sin embargo, la historia de este sensacional descubrimiento comienza varios años antes de 1952. En 1949 Alberto Ruz fue nombrado director de investigación de la zona de Palenque por el Instituto Nacional de Antropología e Historia de México (INAH). Aunque el lugar había sido visitado asiduamente por innumerables aventureros, artistas y algunos pocos científicos desde su descubrimiento 1785, su descubrimiento en la jungla seguía ocultando con un denso velo verde los tesoros de Palenque.

Cuando Ruz se enfrentó por primera vez en la primavera de ese mismo año de 1949 al templo de las Inscripciones de Palenque, el monumento apenas era visible sumergido en una densa cortina de vegetación. Nunca antes se había explorado de una manera científica y todo parecía indicar que este monumento, el más hermoso de Palenque y el que tenía visos de estar construido sobre una estructura más antigua, podía albergar gran cantidad de tesoros.

Los trabajos de «deforestación arqueológica» no tardaron en sacar a la luz una enorme construcción de forma piramidal compuesta por ocho plantas. En la última plataforma se encontraba el acceso a un templo. Dentro de él, Ruz se sintió atraído por una de las losas centrales del piso. Las escenas de los relieves de las paredes no se detenían al llegar al suelo. Parecía que continuaban por debajo de éste. Esto, junto con la forma de la losa señalaron al arqueólogo que debía de haber algo debajo del templo.

## EL DESCUBRIMIENTO

A finales de mayo de 1949, Ruz descubrió la presencia de una escalera labrada en la roca de la montaña y, según sus propias palabras, «muy bien conservada». La escalera se hundía hacia el interior de la montaña y estaba llena de restos de arcilla y bloques de piedra.

Tras descender 45 peldaños, Ruz alcanzó un primer rellano con un giro en forma de U. Aquí el arqueólogo descubrió la entrada a dos pozos que interpretó como puntos de entrada de luz y aire en la Antigüedad desde un cercano patio. Pero la escalera no terminaba allí. Tras ese rellano otros 21 escalones llevaban a un pasillo occidental obstruido por una pared. Tanto al final como en el primer escalón alguien había dejado sendas cajas con ofrendas en su interior hechas de jade, cerámica y una hermosa perla en forma de gota.

No quedaba más remedio que tirar abajo la pared para poder continuar en el descenso hasta donde entonces nadie

sabía qué. El muro tenía varios metros de grosor y estaba hecho con arcilla y piedras. Tras él, Ruz se topó con una nueva losa; en esta ocasión de forma triangular. A sus pies, como si se tratara de las ofrendas que anunciaban un enterramiento, los arqueólogos descubrieron los huesos de seis jóvenes, uno de los cuales era una mujer. Exactamente se encontraban a 25 metros por debajo del templo de la cima y a solamente 2 de la base de la pirámide.

Más allá de la losa triangular, finalmente, había una cámara de 9 por 4 metros, cuyas paredes estaban decoradas con relieves en estuco. Era el 15 de julio de 1952 y Ruz acababa de hacer uno de los descubrimientos más apasionantes de la historia de la arqueología. Lo más asombroso descansaba en el centro de la habitación. Allí había lo que en un principio creyeron que era un altar formado por una enorme losa de piedra de 3,8 metros de longitud, 2,2 de ancho, 25 centímetros de altura y de 5 toneladas de peso. La losa descansaba en un monolito de 6 metros cúbicos apoyado sobre 6 grandes bloques de piedra trabajada, todo ello cubierto de espectaculares relieves.

Mover la losa fue toda una proeza. Para ello fue necesario cortar un árbol en la cercana selva, cortar el tronco en diferentes longitudes, transportarlo con camiones hasta el pie de la pirámide y luego, mediante máquinas y fuerza bruta, subirlo al templo para bajar los maderos hasta la cámara sepulcral. La operación de levantamiento de la losa se llevó a cabo con éxito la noche del 27 de noviembre de 1952. En su interior, Ruz descubrió los restos humanos de un hombre de unos 40 o 50 años. El cuerpo estaba boca arriba con una máscara de jade cubriéndole el rostro y las orejas. Entre otros tesoros que se descubrieron con él había figuras de jade y varias joyas en forma de diadema, collares y anillos.

En aquellos años de la década de 1950, todavía no se había descifrado el significado de los glifos mayas. Tiempo después, cuando se resolvió el misterio, todos reconocieron el trabajo del arqueólogo y el de su continuador, su hijo Alberto Ruz Fuiller, nacido en 1945. Efectivamente, aquélla era la

tumba de un personaje importante de Palenque. Ya no había duda; Alberto Ruz descubrió la tumba del Señor de Pacal, cuyo reinado, como ya he dicho antes, se dio entre los años 615 y 683 de nuestra era. Con ello no solamente daba un paso adelante en la historia de los grandes descubrimientos, sino que además daba una nueva vuelta de tuerca a los estudios que había hasta la fecha sobre las pirámides mexicanas. El hallazgo de Ruz confirmó que los monumentos centroamericanos no solamente eran lugares de culto sino que, además, se asemejaban a las pirámides egipcias, utilizadas miles de años antes como lugares de enterramiento.

#### LA LEYENDA DEL «ASTRONAUTA»

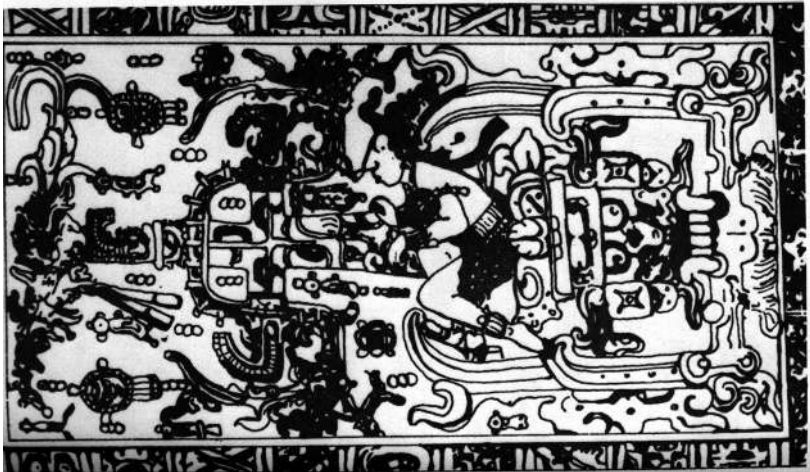
Es cierto que a simple vista hay que reconocer que la losa de Palenque llama la atención. Nadie puede negar que ante nosotros tenemos la representación de una persona en una postura que se asemeja mucho a la de los modernos pilotos de motocicletas o a la de los no tan modernos pilotos de cohetes. Hace cuarenta años, cuando saltó a los medios de comunicación la historia del «astronauta» de Palenque, el trasfondo histórico de Pacal, al parecer, no colmaba las expectativas ni era lo suficientemente atractivo como para hacerlo encajar en la descripción de la singular figura de la losa.

En 1966 la revista *Clypeus* de Turín (Italia) publicó un sorprendente artículo titulado «L'enigma di Palenque» (El enigma de Palenque). Sus autores eran dos investigadores de Niza, André Millou y Guy Tarade. La interpretación que hacían en el mencionado artículo no dejaba ninguna clase de dudas para ellos: «El personaje que está en el centro de la losa y que nosotros llamamos piloto —nos explican Millou y Tarade— lleva un casco y mira hacia la parte delantera del aparato. Sus dos manos manipulan unos resortes. La mano derecha se apoya sobre una palanca idéntica a las utilizadas en el cambio de marchas de los autos Citroën 2 CV. Su cabeza está apoyada en un soporte; un inhalador pene-

tra en su nariz, lo que indica claramente un vuelo estratosférico.

»La nave donde viaja, exactamente equipada como un cohete espacial, parece ser un vacío cósmico que utiliza la energía solar. En efecto, en la parte delantera del aparato aparece la figura de un papagayo, pájaro que representa al dios volante de los símbolos mayas. La palabra “energía” sería más apropiada que la de “dios”, ya que en la descomposición de la luz mediante prisma podemos encontrar la gama de colores del plumaje de una papagayo. El color dominante habitual de estos pájaros es el verde, color de los dioses venusianos. Y cosa muy curiosa y coincidente es que los testimonios más fidedignos afirman que los platillos volantes, a su paso por el cielo, lo impregnan de color verde.

»En la parte anterior del cohete, justo detrás de la proa, están dispuestos diez acumuladores, y también son visibles más condensadores de energía. El motor se halla en cuatro compartimientos en la parte delantera, y en la trasera aparecen unas células y vemos unos órganos complejos que están conectados por unos tubos a una tobera que expulsa fuego».



Estela del rey de Pacal, descubierta por Alberto Ruz, con el conocido «astronauta» (E. Danyans).

Eugenio Danyans de la Cinna en su clásico *Platillos volantes en la Antigüedad* (1967) señalaba que: «el extraño grabado que decora la losa ha desconcertado a los hombres de ciencia porque se parece, como una gota de agua a otra, a un cohete cósmico o cápsula espacial del tipo Mercury, propulsado por energía iónica o fotónica. Dicho de otra manera: ¡nos hallamos ante una astronave de hace diez mil años!».

Quien acabó de poner la puntilla haciendo mundialmente famoso al que ya se conocía como el «astronauta» de Palenque fue el escritor suizo Erich von Däniken. En 1968 publicó su libro *Recuerdos del futuro*, que apareció en España en 1970. En él se retomaba la historia de la tumba descubierta por Alberto Ruz como una prueba irrefutable de que los extraterrestres nos visitaron en la Antigüedad, llegando incluso a colonizar y a dejarnos pruebas de su alta tecnología.

La descripción que hace Däniken del relieve, cuyo descubrimiento fecha de forma errónea en el año 1935, no tiene desperdicio: «Ante nuestros ojos aparece un ser humano, sentado con el torso inclinado hacia delante como un corredor ciclista; cualquier niño de nuestros días identificaría su vehículo con un cohete. El artefacto tiene una cabeza puntiaguda, continúa con unas extrañas aletas estriadas, luego se ensancha y termina a popa en un fuego llameante. El propio ser, encorvado y tenso, manipula una serie de palancas indefinibles y apoya el talón izquierdo en una especie de pedal. Su indumentaria es funcional: un pantalón corto a cuadros con un ancho cinto, una chaquetilla de moderno corte japonés, gruesas manoplas y polainas. Puesto que conocemos ya como precedente otras representaciones similares, nos extrañaría mucho la falta del complicado sombrero. Pero no, ahí está de nuevo el casco con sus resaltes y pinchos semejantes a antenas. Nuestro astronauta —su silueta es inconfundible y, por tanto, podemos llamarlo así— no evidencia sólo acción por la actitud; ante su vista cuelga un aparato que él observa con mirada fija y penetrante. Entre el asiento delantero ocupado por el astronauta y la parte posterior del vehículo, donde vemos cajas, círculos, puntos y espirales, hay varios puntales».

Hay más descripciones, pero todas redundan finalmente en el mismo tema. Aquí me he limitado a proponer, quizá, dos de las más clásicas. A la sazón, la de los creadores de la teoría, André Millou y Guy Tarade, y la de quien la hizo mundialmente famosa, Erich von Däniken.

Como se puede intuir fácilmente, para todos ellos la losa de piedra del rey de Pacal era una evidencia que había que sumar a otras documentales ya conocidas con anterioridad. Entre ellas estaba el *Popol Vuh*, cuya traducción más aproximada sería «Libro del consejo» o «Libro de la comunidad». Se trata de un libro escrito en lengua quiché, correspondiente a un grupo étnico de la familia maya. Se cree que fue puesto sobre pergamino a mediados del siglo XVI para recoger tradiciones orales mucho más antiguas. Su autor podría haber sido un quiché que, educado por los colonizadores españoles, puso por escrito el legado cultural de su pueblo con caracteres del alfabeto latino. Entre sus páginas se recoge la cosmogonía y el pensamiento quichés adentrándose en la mitología maya. Este trasfondo sirvió para que Millou y Tarade extrajeran de él algunos fragmentos. En ellos se decía «soy hijo del barro pero también del cielo estrellado», lo que para los franceses era una prueba indudable de que los mayas o algunas de sus divinidades colonizadoras procedían del espacio.

A esto hay que sumar otros elementos igual de «desestabilizadores». Al parecer, las sorpresas no se quedaban en la representación del astronauta sino que estaban incluso en el interior de la propia tumba. Millou y Tarade señalaban en «L'enigma di Palenque» que los restos humanos descubiertos por Alberto Ruz no se correspondían con los de un maya. «Su morfología era totalmente diferente a la de los indios —señalaban los investigadores franceses—. Aparentaba unos 40 o 50 años. Su talla, 1,73 metros, sobrepasaba en unos buenos 20 centímetros la altura media de los mayas, que era de 1,54». Según esta teoría, Pau Gasol, que con sus 2,15 metros supera en casi 40 centímetros la altura media de nuestros paisanos, podría muy bien no ser de Barcelona sino de Neptuno. Incluso yo, que mido 1,82, superando en 10 centímetros

esta media nacional, podría haber nacido perfectamente cerca de Orión. Creo que tengo que hablar muy seriamente con mis padres.

## LA LOSA DEL REY DE PACAL

Pero como es de esperar, la historia real es muy distinta. Vayamos por partes. El nombre original de Palenque en tiempo de los mayas debió de ser Nachan, apelativo que hace referencia a la «casa de las serpientes». Su esplendor se da en el periodo clásico superior de la civilización maya, esto es, entre el año 600 y el 950 de nuestra era. Además del templo de las Inscripciones, en Palenque destaca la presencia del templo del Sol, el de la Cruz y, especialmente interesante para el caso que nos atañe, el de la Cruz Enramada. Muy posiblemente estos cuatro grandes edificios del recinto arqueológico de Palenque fueron levantados por el hijo y sucesor de Pacal, K'inich Kan Balam. Es posible que el templo de las Inscripciones fuera levantado en su totalidad o en parte por el propio Pacal; sin embargo, parece claro para los arqueólogos que los otros tres grandes monumentos sí fueron construidos por su hijo con la única finalidad de dejar constancia de la divinización de su padre.

Como he comentado antes, Palenque fue descubierto en 1785. En aquel año el gobernador español de la zona era José de Estachería, cuyos trabajos conocemos gracias al cronista de Indias Juan Bautista Muñoz. Para entonces la selva había cubierto prácticamente toda la ciudad y apenas eran visibles las estructuras piramidales bajo la densa vegetación.

Por lo tanto, el entorno arqueológico parecía claro para delimitar el cerco de la interpretación del polémico relieve con la figura de un soberano maya, y más en concreto, por el lugar en que nos encontramos con el propio rey de Pacal. Aunque nunca dijo su nombre, fue precisamente Alberto Ruz el primero en señalar esta hipótesis, por otra parte, la más lógica de todas. Al mencionar el descubrimiento de una «tum-



ba real» en sus informes, aunque él lo coloreaba con atribuciones y suposiciones, en el fondo de su corazón sabía que cuando se consiguieran descifrar los textos que rodeaban la losa, aparecería el nombre de Pacal.

Y aún así, hay que reconocer que no las tenía todas consigo. En el informe preliminar reconoció que el hombre enterrado en Palenque no era de origen maya: «Nos sorprendió su estatura, mayor que la del maya medio de nuestros días —señala el arqueólogo mexicano—; y también el hecho de que sus dientes no estuvieran provistos de incrustaciones de piritas o jade, ya que esta práctica (como la de deformar artificialmente el cráneo) era habitual entre los individuos de las clases sociales superiores. El estado de deterioro del cráneo no nos permitió establecer con precisión si había sido deformado o no. A este fin decidimos que posiblemente el personaje no era de origen maya, aunque estaba claro que había acabado por ser uno de los reyes de Palenque».

Dejando de lado la intrahistoria del personaje, no por su nula importancia en el tema que nos reúne, sino porque no aportaba nada al significado real del conjunto de la losa del rey de Pacal, ésta no representa a ningún astronauta sino que representa al propio rey en su tránsito hacia el mundo de la muerte. Por lo tanto, no hay representación alguna de cohetes, ni de manillares, ni de humo saliendo de las turbinas debido a una fuerte propulsión, sino símbolos que tienen su perfecto paralelismo en el mundo de las creencias mayas y de los que hoy se conocen otros ejemplos.

El hallazgo es desestabilizador en sí mismo, no por el hecho de que represente a un supuesto astronauta, teoría que como ahora desgranaré no tiene sentido alguno, sino porque da la vuelta a la tortilla al significado último que se atribuía a las pirámides en el mundo maya. El siguiente texto de Alberto Ruz clarifica este aspecto y nos introduce en el mundo del simbolismo de la losa: «Esta “tumba real” de Palenque —señala el arqueólogo mexicano en su relato publicado en 1953 en el *The Illustrated News* londinense— también nos permite suponer que la actitud hacia los muertos mayas del *halach ui-*

*nic* se aproximaba mucho a la de los faraones. La piedra que cubría la tumba parece confirmar esta apreciación y sintetiza en sus relieves algunos rasgos esenciales de la religión maya. La presencia aquí, en una losa sepulcral, de motivos que se repiten en otras representaciones, nos facilita quizá la clave para interpretar los famosos paneles de la Cruz y la Cruz Foliada (o Enramada) en Palenque, y también algunas pinturas de los códices. En la piedra en cuestión vemos a un hombre rodeado de símbolos astrológicos que representan el cielo —el límite espacial de la tierra del hombre y la morada de los dioses, donde el curso fijo de las estrellas marca el implacable ritmo del tiempo—. El hombre reposa sobre la tierra, representado por una grotesca cabeza con rasgos fúnebres, ya que la tierra es un monstruo que devora todo lo que vive; y si el hombre reclinado parece caerse hacia atrás es porque su inherente destino es caer a la tierra, el país de los muertos. Pero sobre el hombre se alza el bien conocido motivo cruciforme, que, en algunas representaciones es un árbol, en otras la estilizada planta del maíz, pero que siempre es el símbolo de la vida surgiendo de la tierra, la vida triunfante sobre la muerte».

Vayamos por partes. La propia representación del individuo que protagoniza la escena y que se supone ser el mismo que hay enterrado en la sepultura —al menos así lo señalan los textos de la losa—, cuenta con todos los elementos necesarios para encuadrar en la morfología típica de un maya.

Todo parece indicar que el relieve del «astronauta» no es más que la representación de la divinización de Pacal, mandada realizar seguramente por su hijo K'inich Kan Balam. Por su parte, la «nave» o «cohetes» no sería tal sino una elaborada representación de una cruz o árbol de la vida que vemos con frecuencia sobre relieves conservados no solamente en muchos lugares de Mesoamérica sino en el propio Palenque. Este tipo de cruz o árbol siempre tiene la misma estructura. En su parte superior el árbol está coronado por un pájaro quetzal, símbolo del dios sol. El tronco está formado por ramas cubiertas por una serpiente, y de cuyos extremos sur-

gen mazorcas de maíz antropomorfas. Finalmente en la parte inferior, junto a las raíces de la planta, léase el infierno, vemos un demonio. Éste es el esquema, podríamos decir «tipo», de la llamada cruz que podemos ver en varios lugares de Palenque como en el templo de la Cruz Enramada. Curiosamente en estos paralelismos que vierten luz sobre el verdadero significado del «cohete» de Pacal, se puede ver al propio soberano junto a la cruz haciendo de extremo de alguna de las ramas; una especie de antropomorfización vegetal de la divinización de Pacal.

## UN VIAJE A LA MUERTE NO AL ESPACIO

Alberto Ruz ya adelantó esta interpretación al ver en la figura de la losa al rey de Pacal reposando al pie del árbol de la vida, mientras su espalda descansa sobre el demonio en forma de esqueleto de los cuatro puntos cardinales. De esta forma quedaría una compleja propuesta iconográfica en la cual se podrían ver los tres planos del mundo de las creencias mayas, el subterráneo con sus demonios, el terrenal con el rey de Pacal y finalmente el celeste con el pájaro quetzal, símbolo del sol.

En cierto modo se puede ver un paralelismo grande con los mitos egipcios manifestados en el *Libro del Amduat*. Se trata de un texto religioso de la XVIII dinastía (ca. 1500 a. de C.) en el que el rey es asimilado al sol y debe superar el peligroso periplo del sol por las doce horas de la noche para volver a renacer al día siguiente como el dios Ra. En la losa de Pacal, algunos investigadores han querido ver algo similar al entender que el rey es devorado por los demonios del averno para luego renacer con los rayos del sol de un nuevo día.

A uno se le queda el cuerpo un tanto descompuesto después de leer la interpretación arqueológica del Señor de Pacal. La interpretación astronáutica pierde todo su valor desde el principio. Como decía antes, a simple vista no es difícil ver que efectivamente el rey maya parece estar pilotando una nave o un cohete. Como curiosidad está francamente bien.

No obstante, es ilógico que los mayas diseñaran cohetes como los existentes en la década de 1960. Hoy, por ejemplo, la supuesta «tecnología» astronáutica de la losa perdería todo su significado ya que en pleno siglo XXI los cohetes no se emplean en el traslado de tripulantes al espacio sino que son naves mucho más sofisticadas. Por ello se ve una vez más un problema muy común entre los investigadores de los misterios del mundo de lo antiguo: intentar buscar en nuestro entorno diario paralelismos que den una explicación a representaciones que nos resultan sorprendentes. Y no hay error más grave en un investigador. Lo primero que hay que hacer es salir de nuestras coordenadas espaciotemporales e intentar pensar, en este caso, como un maya del siglo VII de nuestra era. Por ello, si vamos un poco más allá, es lógico pensar que hay algo que no encaja en un razonamiento tan audaz. Con los tiempos que corren es absurdo pensar que Pacal fuera un extraterrestre o que alguien se adelantó en casi tres siglos al ingeniero André Citroën cuando en 1910 abrió su primera fábrica de automóviles para diseñar años después el celeberrimo 2 CV.

## BIBLIOGRAFÍA

---

- Ceram, C. W., *En busca del pasado*, Barcelona, 1959.  
 Däniken, E. von, *Recuerdos del futuro*, Barcelona, 1970.  
 Danyans, E., *Platillos volantes en la Antigüedad*, Barcelona, 1967.  
 Fagan, B. M., *Eyewitness to Discovery*, Oxford, 1996.  
 Jiménez del Oso, F., *En busca del misterio*, Madrid, 2003.  
 Millou, A., y Tarade, G., «L'enigma di Palenque», *Chlypeus*, 4-5, octubre de 1966.  
 López Borgoñoz, A., «¿Un astronauta en Palenque?», *El escéptico*, 5, 1999.  
 Ruz de Lhuillier, A., «An Astonishing Discovery», *The Illustrated London News*, 29 de agosto de 1953.  
 Tomas, A., *We Are Not the First*, Nueva York, 1971.

*El «ovni» del Papiro Tulli*  
*El documento que nunca existió*

En cualquier libro de historia de la ufología, la disciplina científica que estudia la aparición de extrañas luces en nuestro cielo y para la que una de las posibles explicaciones es la visita de seres de otros planetas, el Papiro Tulli suele aparecer entre las primeras páginas.

A continuación explicaré por qué este documento es uno de los mayores fraudes del siglo XX. A esto quiero añadir que, como ya adelanté en la introducción, el que yo crea que este documento es falso y describa una situación inventada que nunca existió en realidad, no quiere decir que yo niegue el fenómeno ovni. Pero, como es lógico, una cosa no tiene que ver con la otra; a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César.

Como todos sabemos, los antiguos egipcios utilizaban la llamada escritura jeroglífica. Cualquiera que conozca un poco su funcionamiento se puede dar cuenta de lo relativamente insuficiente que puede resultar una lengua antigua si la queremos usar para describir fenómenos y circunstancias que no se adscriben a su idiosincrasia cotidiana. Éste es el problema que, por ejemplo, tenían los indios de Norteamérica cuando no sabían cómo llamar a un tren y decían «caballo de fuego» o cuando al fusil lo llamaban «palo de fuego». La causa de estas expresiones tan chocantes es que en su lengua jamás se había presentado la ocasión de hablar de cosas que, sencillamente, para ellos no existían antes.

Por ello, es frecuente que, a la hora de traducir un texto jeroglífico donde se alude a una circunstancia totalmente extraña a la naturaleza egipcia, nos encontremos con que el escriba no ha sabido cómo describir un objeto o situación, y ha acabado optando por utilizar los sinónimos que a él le parecieron más oportunos. Lo limitados que pueden resultar los campos semánticos en una lengua antigua a la hora de escribir sobre aviación, mecánica, navegación o, a fin de cuentas, cualquier clase de tecnología, obligó a los escribas egipcios a utilizar términos ambiguos como «estrella», «sol», «refulgente», etcétera, que, fuera de su contexto natural, no hacen más que despistar al investigador moderno.

Quizá fue éste el problema que se encontraron algunos egiptólogos a mediados del siglo XX con un extraño papiro. Pero vayamos por partes.

### APARICIÓN EN ESCENA

El Papiro Tulli es un viejo manuscrito de apenas 20 por 18 centímetros que ha traído de cabeza a la comunidad ufológica internacional durante las últimas décadas. Escrito en grafía hierática —una variante cursiva del jeroglífico convencional—, su datación, según los hechos relatados en el documento, puede remontarse al reinado del faraón Tutmosis III (ca. 1475 a. de C.). Pero ¿qué contenía exactamente el Papiro Tulli para que todos lo elogiaron? Muy sencillo. El documento relata la aparición de una extraña bola de fuego en los cielos y las extrañas consecuencias que ello produjo, como la lluvia de peces y aves, es decir, el primer testimonio ovni de la Antigüedad.

El nombre de Papiro Tulli le viene dado en honor de su comprador, Alberto Tulli, a la sazón Conservador Jefe de la sección egipcia de los Museos Vaticanos, cargo que desempeñó durante la década de 1930. Fue justamente en el año 1934 cuando Alberto Tulli adquirió esta reliquia a un anticuario llamado Tano por una suma de dinero hoy desconocida. Al morir, todas las posesiones de Alberto Tulli, incluido este misterioso pa-



Texto íntegro del Papiro Tulli (N. A.).

piro, pasaron a ser propiedad de su hermano, el sacerdote Gustave Tulli (a quien también podemos encontrar erróneamente como monseñor Augusto Tulli), que trabajaba en el palacio Laterano de Roma. Y es precisamente en ese momento de la historia cuando se perdió la pista de tan extraño manuscrito. Seguramente, de existir el documento, se perdió entre los herederos. Hay quien señala que el precio del papiro en el anticuario caiota era tan alto que Alberto Tulli no pudo hacerse con él, aunque sí recibió el permiso del comerciante para poder copiar el texto íntegro. Este hecho es ya de por sí sospechoso.

Es poco probable que el papiro estuviera decorado con dibujos, detalle que incrementaría el precio del objeto. Lo más seguro es que fuera un texto convencional sin ningún elemento extraordinario que lo hiciera raro o extraño. Sí que lo es el hecho de que se diga que era un papiro muy caro, a pesar de que estaba en muy malas condiciones y con muchas lagunas en el texto. Esto no tiene sentido. Sin olvidar que los anticuarios de esta época (e incluso los de ahora) no sabían lo que vendían, por lo que no parece normal que un documen-

to tan deteriorado tuviera un precio alto. En la década de 1930 el tráfico de antigüedades era algo normal y se podían conseguir todavía grandes piezas a precios muy asequibles.

Si bien nadie ha visto jamás este papiro, razón por la cual en este libro no aparece su fotografía, la primera referencia conocida la descubrimos en la revista estadounidense *Doubt*, publicada bajo los auspicios de la Fortean Society. En el número 41 editado en el año 1953, la investigadora Tiffany Thayer publicaba por primera vez, casi veinte años después de su supuesta adquisición, la transcripción del hierático y la traducción del ya conocido como Papiro Meteorológico o Papiro Tulli. La traducción del jeroglífico la había hecho el egiptólogo italiano Boris de Rachewiltz, quien había descubierto el documento entre los antiguos papeles de Alberto Tulli en los Museos Vaticanos. Cuatro años más tarde, en el número 87 del *Boletín de la Sociedad Astronómica de España y América* (septiembre de 1957), apareció la primera traducción al castellano de este enigmático papiro con el título «Platillos volantes en la Antigüedad». La traducción no fue realizada directamente del jeroglífico sino de la edición inglesa publicada en la mencionada revista *Doubt*; traducción que, errores incluidos, fue luego empleada por varios investigadores del fenómeno ovni.

Eugenio Danyans en su libro *Platillos volantes en la Antigüedad* señal: «Este manuscrito del Reino Nuevo, de cuya autenticidad histórica no puede haber duda alguna y que, desgraciadamente, se conserva en mal estado y contiene muchas lagunas en su relato, describe unos objetos celestes que hicieron su primera aparición un mediodía entre el 18 de febrero y el 20 de marzo del año 1478 a. de C.».

Como veremos a continuación, esto no parece estar nada claro en absoluto.

## EL CONTENIDO DEL PAPIRO

En estas primeras traducciones se explicaba que el Papiro Tulli había sido reencontrado, estudiado y publicado por el men-



cionado Boris de Rachewiltz, autor de trabajos muy conocidos sobre Egipto, algunos de ellos traducidos al castellano. Su verdadero nombre era Boris Baratti, tenía el título de príncipe y su especialidad era África, especialmente el mundo antiguo. Según este investigador, el documento consistía en un pequeño fragmento de papiro en muy mal estado de conservación y repleto de lagunas, por lo que algunas partes del mismo no podían comprenderse. Su datación podía fijarse en el reinado de Tutmosis III por el tipo de grafía y la posible referencia a una de sus campañas militares, si bien su nombre no aparecía específicamente mencionado en ningún momento a lo largo del texto. Es posible que este dato procediera del supuesto vendedor del papiro y que Alberto Tulli lo tomara como auténtico.

La traducción del Papiro Tulli que aquí presento ha sido realizada tomando como referencia la edición del texto jeroglífico aparecida en la revista italiana *I Misteri* en su número 9, año 1 (noviembre de 1995). El papiro dice como sigue: «En el año 22, tercer mes de la estación de *peret* [la germinación] en la hora sexta del día [14 h.] [...] dos escribas de la Casa de la Vida vieron un círculo de fuego que estaba viniendo por el cielo. No tenía cabeza. Su olor era desagradable. Entonces, ellos tuvieron miedo y huyeron, [...] y fueron a decírselo a Su Majestad. Todo está recogido en la Casa de la Vida. Su majestad reflexionó sobre lo que había pasado. Han transcurrido muchos días después de lo ocurrido [...] Son numerosos al igual que todo [...] Ellos brillan en el cielo como el sol lo hace sobre las cuatro columnas que sujetan el cielo. [...] Entonces los círculos de fuego [...] El ejército del rey estaba [en aquel lugar] y Su Majestad los vio [con sus propios ojos]. Esto sucedió después de la hora de la última comida. Allí arriba [en el cielo], ellos se marcharon hacia el sur. Del cielo cayeron peces y aves [...] algo inaudito desde el comienzo de los tiempos. Su majestad colocó incienso para apaciguar a Amón Re, Señor de las Dos Tierras [...] en un documento de la Casa de la Vida [...] eternidad».

## UNA BÚSQUEDA INFRUCTUOSA

Al igual que sucedió con la construcción de la tumba de Tutmosis I en el Valle de los Reyes, donde una inscripción de la época, conservada sobre las paredes de la tumba de Ineni, jefe de las obras, dice «nadie oyó nada, nadie vio nada»; algo parecido debió de ocurrir con el *Papiro Tulli*. Después de varios años de infructuosa búsqueda, nadie ha sido capaz de decirme dónde se encuentra el misterioso documento o la transcripción que se hizo de él. Lo más curioso de todo es que los propios encargados de los Museos Vaticanos afirmaron que el papiro en cuestión nunca estuvo catalogado como fondo de la colección egipcia, y que ni siquiera llegó a figurar como objeto perdido. Este hecho resulta curioso ya que los propios encargados de la biblioteca e incluso los investigadores que han pasado años trabajando entre sus fondos siempre han conocido la leyenda de este papiro aunque, en realidad nadie lo ha visto nunca. El rumor llegó incluso a reavivarse en el año 1997 cuando salió una noticia que parecía indicar que este precioso manuscrito iba a ser mostrado al público en Turín durante una exposición monográfica de la diosa Isis. Sin embargo, todo quedó, precisamente, en un mero rumor arqueológico.

Pasados unos años, y conociendo solamente el documento por medio de transcripciones a cada cual más pobre —recordemos que no hay ni una sola fotografía de él—, empecé a preguntarme si realmente existía algo que tuviera el nombre de Papiro Tulli o Papiro Meteorológico, otro de los nombres que también se ha empleado para denominar a tan esquivo manuscrito.

Mis indagaciones resultaron en poco tiempo sorprendentes. Y es que, en una carta publicada en la revista florentina *Il Giornale dei Misteri* (núm. 4, p. 1, 1971), sin negar la existencia del misterioso manuscrito, el propio traductor del Papiro Tulli, Boris de Rachewiltz, ¡ponía en duda la exactitud y la interpretación de la traducción que a él mismo se le atribuía! Pero lo más llamativo de todo fue un detalle a todas

luces sorprendente. Ni el propio Rachewiltz había visto jamás el Papiro Tulli, pues para realizar su traducción se había servido de una transcripción del jeroglífico que alguien le había proporcionado.

Buceando aún más en la historia secreta de este papiro, no tardé en darme cuenta de un hecho bastante claro: el Papiro Tulli, como tal, nunca había existido. Como mucho, lo único que circuló por el ámbito científico fue una copia quizá manuscrita por el propio Alberto Tulli, de quien acabaría tomando el nombre. Además, otro de los personajes que se vio mezclado en esta historia fue el abate Étienne Drioton, uno de los grandes genios de la egiptología francesa de mediados del siglo pasado, y que en la década de 1950 dirigía el Museo Egipcio de El Cairo. Es posible, incluso, que la transcripción del texto aportada por Tulli tuviera alguna anotación de Drioton, de quien se dice que fue el encargado de pasarlo de escritura hierática a signos jeroglíficos convencionales, circunstancia que acabaría dando cierto respaldo y credibilidad al papiro.

Como siempre ocurre en este tipo de casos, los rumores y sospechas que implican a personajes importantes que dan credibilidad a un suceso determinado, en este caso a Étienne Drioton con relación al Papiro Tulli, siempre aparecen cuando éstos han fallecido y es totalmente imposible comprobar su participación real. Algo similar sucede con el famoso priorato de Sión, tan célebre por el libro de Dan Brown *El código Da Vinci*. ¿Dónde podemos encontrar datos que nieguen la posibilidad de que Leonardo da Vinci, Isaac Newton o Víctor Hugo pertenecieran a esa misteriosa sociedad secreta cuando ni siquiera ellos mismos pueden defenderse?

A pesar de todo, seguía cabiendo la posibilidad de que el papiro hubiera existido y que, por circunstancias que hoy desconocemos, desapareciera de la faz de la tierra sin dejar rastro. Cosas más difíciles se han visto, aunque las evidencias empezaban a parecerme poco probables. Había pruebas sospechosas que apuntaban a la creación de un complicado engaño.

## UN TEXTO DEMASIADO CLARO

Después de conocer este documento a través de alusiones indirectas en la obra de autores como Erich von Däniken o Zecharia Sitchin, la primera transcripción que cayó en mis manos del supuesto papiro —a estas alturas del trabajo ya me tomo la licencia de llamarlo así— procedía del libro de Eugenio Danyans titulado *Platillos volantes en la Antigüedad* (1967). Allí, en la página 93, aparecía una burda reproducción caligráfica de este misterioso manuscrito, la misma que apareció en 1957 en el mencionado *Boletín de la Sociedad Astronómica de España y América*. Aunque yo mismo, en mi ingenuidad e inexperiencia, haya empleado este texto en otras ocasiones para estudiar el fenómeno ovni en la Antigüedad, es hora de reconocer que la credibilidad que pueda ofrecer el Papiro Tulli es, siendo más que generoso, incierta.

Ante mi desilusión me pregunté: ¿era realmente aquello que publicaba Eugenio Danyans una reproducción de un documento de la época de Tutmosis III? Ni el jeroglífico, ni la escritura, ni la orientación de los ideogramas parecía demostrar tal hipótesis. Ésta fue la primera sospecha de que me encontraba ante una burda falsificación.

Desde el punto de vista sintáctico, eran numerosos los interrogantes que emanaban de este extraño documento. No voy a aburrir al lector con algunos detalles muy concretos del jeroglífico, pero resulta muy extraño que la forma de la redacción sea totalmente moderna. Es decir, el Papiro Tulli parece haber sido realizado por una persona que ha aprendido esta lengua con métodos del siglo XX y se ha tomado la molestia de traducir al jeroglífico un texto moderno; circunstancia que se ve reflejada en algunos errores gramaticales que jamás hubiera cometido un escriba de la Casa de la Vida en época de Tutmosis III.

El posible falsificador parece haber empleado la *Egyptian Grammar* del inglés Alan Henderson Gardiner, publicada por primera vez en 1927, revisada hasta 1957 y, en la actualidad, auténtico pilar básico para todos aquellos que comienzan a

estudiar la lengua egipcia en cualquier universidad del mundo. En el capítulo que ofrece Gardiner para explicar la datación de los textos egipcios, en la página 203, proporciona un ejemplo de datación de un documento sospechosamente parecida a la que se da al Papiro Tulli.

Por otra parte, a medida que iba traduciéendolo me di cuenta de otra casualidad anormal. Si bien el texto se presentaba repleto de lagunas, como muy bien matizó en su momento Boris de Rachewiltz, éstas no impedían en absoluto la comprensión del mismo. Todo parecía indicar que esas lagunas fueron colocadas a propósito para dar cierta credibilidad al papiro y un toque de documento antiguo y desgajado. Incluso es posible que las lagunas hagan referencia a datos que se evitaron a propósito en la transcripción y que explicarían el verdadero significado del documento.

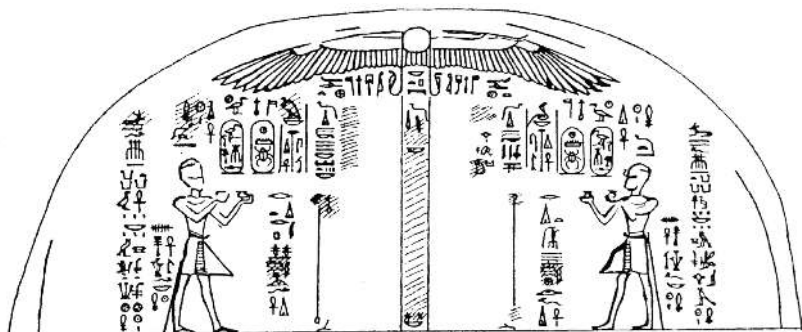
Resulta al menos curioso que la aparición del Papiro Tulli en el mercado de antigüedades coincidiera cronológicamente con la publicación en una revista alemana especializada en egiptología (*Zeitschrift für Ägyptischen Sprache und Altertumskunde*, núm. 69, 1933, 24-39) de otro documento muy parecido, cuya autenticidad nadie ha puesto en duda. Me refiero a la famosa Estela de la Estrella, hallada en el templo sudanés de Gebel Barkal, antiguo baluarte del mundo faraónico en Nubia. ¿Es casualidad que los dos textos hablen de Tutmosis III en una situación sospechosamente similar? ¿Quiso dar el presunto creador del Papiro Tulli más credibilidad a su falsificación confiriéndole cierta relación al importante hallazgo realizado en Gebel Barkal? Nunca lo sabremos.

Pero el misterioso Papiro Tulli no solamente se parece a la estela de Gebel Barkal, sino que parece ser una extraña mezcla de este documento con otros antiguos, quizá más conocidos. Así, Virgilio en su *Eneida* nos ofrece un pasaje que recuerda bastante al Papiro Tulli: «... retumbó de repente a nuestra izquierda el estampido de un trueno y recorrió el espacio deslizándose del cielo, en medio de las tinieblas, una luminosa estrella. [...] brilló entonces detrás de ella largo rastro de luz y un fuerte olor a azufre se extendió por todos los sitios circunvecinos» (2, 694).

Hay quien ha visto en el Papiro Tulli cierta relación con el Éxodo bíblico identificando la aparición de las luces con las plagas que asolaron el Valle del Nilo durante la huida de los hebreos. Paranoias aparte (no hay una sola prueba que demuestre la existencia histórica no solamente del Éxodo sino de la presencia de hebreos en Egipto ni en este periodo ni en ningún otro), para mí el papiro está muy claro. Aunque es cierto que los interrogantes que emanan de este misterioso documento son numerosos, todo parece indicar que el Papiro Tulli nunca existió. De lo contrario, no hay explicación posible a preguntas como por qué nunca nadie lo ha visto, por qué tardó casi veinte años en ver la luz y, sobre todo, dónde está actualmente este papiro. Y por mucho que señale R. Cedric Leonard, autor de libros como *Quest for Atlantis* (En busca de la Atlántida), que él tiene una copia del papiro, no creo que sea una copia auténtica descubierta en una biblioteca de Estados Unidos.

### LA ESTELA DE GEBEL BARKAL

Los documentos faraónicos reales en los que se nos habla de meteoritos, estrellas u objetos extraños en los cielos antiguos son relativamente numerosos. Antes he mencionado la estela de Gebel Barkal, posible fuente de inspiración del Papiro Tulli. Esta losa, conservada hoy en el Museo de Jartum (Sudán), fue descubierta entre unos escombros situados frente a una columna del primer patio (el B 501) en el gran templo de Amón, el dios de piel azul, al pie de la cara este de la mencionada montaña de Gebel Barkal. Este lugar fue uno de los enclaves políticos más importantes de la Época Tardía de Egipto (I milenio a. de C.). La parte más antigua de su templo es paralela cronológicamente a la fundación de la cercana ciudad de Napata, realizadas ambas posiblemente por el faraón Tutmosis III en la dinastía XVIII. El apogeo de esta comarca llegaría durante el declive del Egipto faraónico con su dinastía nubia, la XXV.



Dibujo de la luneta de la estela de Gebel Barkal (G. Reisner).

El desierto de Bayuda es un emplazamiento de difícil acceso y de casi imposible tránsito. Es muy conocido por la cantidad de grupos de arqueólogos que se han perdido alguna vez entre las dunas del desierto. Recientemente, un grupo de funcionarios sudaneses encontró la muerte en su desierto tras deambular perdido durante diez días.

Un sitio insólito para erigir un monumento no menos intrigante. El material del que está hecha la estela de Gebel Barkal es granito gris procedente de la tercera catarata del Nilo (Tombos). Tiene 173 centímetros de altura, 97 de ancho y 15 de grosor. Le falta la esquina inferior derecha y la inscripción en general está muy deteriorada debido al desgaste sufrido por la piedra.

Sobre la luneta de la estela se grabó una escena de ofrendas en la que aparece el faraón Tutmosis III que, con su casco de guerra, realiza una libación al dios Amón, divinidad titular del templo. La representación está protegida mágicamente por un disco solar alado con dos serpientes *uraeus* bajo sus alas.

El contenido de la estela de Gebel Barkal es muy conocido en el ámbito egiptológico al poseer una segunda versión del relato de algunas de las campañas más importantes del faraón Tutmosis III en Asia, aparte de las conocidas por los textos grabados sobre los muros del templo de Karnak. Y es precisamente la glorificación del dios Amón como protector del

faraón en estas batallas el motivo por el cual esta estela fue erigida en su templo de Gebel Barkal, en el año 47, mes 3 de la Inundación, día 10, bajo la majestad de Horus, Tutmosis III (aproximadamente, el 23 de agosto de 1457 a. de C.).

Sin embargo, dejando de lado el testimonio sobre las victorias de Tutmosis más allá del Éufrates, lo más impresionante de todo el documento, es el relato de su campaña en Nubia, razón principal de que esta estela se encuentre en Gebel Barkal. Las líneas 33, 34, 35 y 36 del texto (faltan unos 19 centímetros al comienzo de cada una de ellas) describen con todo lujo de detalles la aparición de una estrella luminosa que se presentó en el campo de batalla, atacó a los enemigos del faraón (los nubios) para luego volver a desaparecer en el horizonte. La traducción de la estela siguiendo la edición del texto del americano George Reisner es la siguiente (entre paréntesis figura el número de línea correspondiente): «(33) [faltan 16,85 centímetros] Escuchad, ¡oh pueblo de la Tierra del Sur!, que estáis [viviendo] en la Montaña Sagrada llamada “Trono de las Dos Tierras” entre las gentes [¿de Egipto?] [aunque esta tierra] sea desconocida. Conoced el milagro de Amón Ra en presencia de las Dos Tierras. Algo que nunca ha sido visto. (34) [faltan 18 centímetros] [...¿Los guardas?] estaban viniendo con el fin de hacer por la noche [el cambio regular de] la guardia. Había dos guardias [sentados uno frente a otro]. Una estrella vino aproximándose desde el sur. El hecho nunca había sucedido. [La estrella] se colocó sobre ellos y ninguno entre ellos pudo permanecer [allí]. (35) [faltan 19,75 centímetros] Se giró como si nunca hubieran existido, y entonces ellos cayeron sobre su sangre. Ahora [la estrella] estaba detrás de ellos [iluminando] con fuego sus rostros; ningún hombre entre ellos pudo defenderse, ninguno miró alrededor. Ellos no tenían más caballos ya que [éstos] atemorizados habían huido a la montaña. (36) [faltan 20,75 centímetros] [Tal es el milagro que Amón hizo por mí, su amado hijo,] con el fin de hacer ver a los habitantes de las tierras extranjeras el poder de Mi Majestad».



Además de su similitud con el evasivo Papiro Tulli, se aprecia en una primera lectura de la estela lo ambiguos que resultan algunos de los pasajes expuestos en la traducción, hecho que se debe a las lagunas existentes al comienzo de cada línea. Por ello, debemos suponer que las personas atacadas por esa extraña luz no son los guardas mencionados al comienzo del pasaje, sino un grupo de enemigos nubios, ya que de otra manera el texto no tendría sentido. Esta suposición es apoyada por el contenido de la línea 5 de la estela en la que el faraón se autoidentifica con «una estrella entre los dos arcos del cielo, cuando ésta cruza el firmamento». De esta manera, el faraón Tutmosis III ponía en antecedentes sobre el extraordinario relato que estaba a punto de relatar.

La edición del texto en jeroglífico —la misma que hemos empleado para esta traducción— fue realizada en 1933 por George Reisner para una publicación egiptológica. Sin embargo, Reisner, que trabajaba para la Universidad de Boston (Estados Unidos), no hace ningún comentario en relación con tan extraordinario evento y se limita a colocar ante la línea 34 el subtítulo «El milagro de la estrella».

La egiptóloga Barbara Cumming, en una traducción mucho más moderna de la estela de Gebel Barkal realizada en su *Egyptian Historical Records of Later Eighteenth Dynasty, fascicle I* (Warminster, 1982), dedica una nota a pie de página en la que afirma que «la naturaleza exacta de este “milagro” es incierta. Por la descripción parecería haber sido un meteorito o posiblemente el fenómeno llamado *ball lightning* [“bola luminosa”, quizá un relámpago globular], cuya existencia ha sido demostrada aunque no explicada».

Por su parte, Serge Sauneron en el *Dictionnaire de la civilisation égyptienne* (editado por George Posener, París, 1959) defiende la suposición de que se trate de un cometa y, concretando más, juega con la posibilidad de que realmente sea el conocido cometa Halley. Este cometa pudo haber sido visto, entre otras fechas, en 1465 a. de C. momento que coincidía con el reinado de Tutmosis III, muy cercano al 1457 que propone la fecha del encabezamiento de la estela de Gebel Barkal.

Sin embargo, esta teoría es refutada por Dimitri Meeks en el prestigioso diccionario egiptológico *Lexikon der Ägyptologie* (Wiesbaden, 1980). En su opinión, Meeks, aferrándose a lo repentino del fenómeno y al movimiento de la estrella, prefiere considerar que se trataba de un meteorito.

Quizá condicionados por lo extraordinario del fenómeno, los escribas exageraron lo que realmente pudo ocurrir —la aparición en el cielo de una bola de fuego— añadiendo elementos de su propia cosecha, como que el objeto siguiera una trayectoria determinada, se detuviera exactamente sobre un grupo de personas, las destruyera y siguiera su camino, que desarrollara movimientos tan lentos o que, como si fuera un objeto inteligente, atacara a los enemigos del país.

El texto es ambiguo y si no nos ceñimos a la forma de pensar de los egipcios podríamos fácilmente pensar que nos encontramos ante un objeto volador no identificado (ovni), que fue interpretado por los sacerdotes egipcios como la gloria del todopoderoso dios Amón. Por ejemplo, cuando la estela menciona al final de la línea 34 que la «estrella» se colocó sobre ellos, parece dar a entender que la bola de fuego permaneció inmóvil a poca altura, la suficiente como para poder comprobar a simple vista que estaba justo encima de los enemigos. En la línea siguiente —la 35— «[la estrella] estaba detrás de ellos [iluminando] con fuego sus rostros». De este breve pasaje se deduce que aquel objeto se encontraba lo suficientemente cerca como para iluminar el rostro de los que allí estaban, lo que da a entender que era algo extraordinario y que en el momento anterior de la escena eso no ocurría.

Como vemos, únicamente buceando en la posible interpretación de algunas fuentes originales y con traducciones de primera mano podemos vislumbrar varias hipótesis interesantes que describen la presencia de objetos extraños en los cielos faraónicos. Si ovni significa «objeto volador no identificado», los cielos del antiguo Egipto fueron surcados por algunos de estos objetos, tal y como nos lo demuestran los propios textos.

## EL CUENTO DEL NÁUFRAGO

Otro ejemplo que nos habla de la presencia de objetos extraños en los cielos sin necesidad de estar tirando de papiros inventados lo encontramos en la literatura egipcia.

La única copia conservada de *El cuento del naufrago* fue descubierta por un egiptólogo ruso en el Museo Imperial de San Petersburgo. Al igual que sucede con infinidad de documentos y piezas de este museo, nada se sabe de cómo pudo haber llegado hasta allí. Expuesto actualmente en el Museo de Moscú, *El cuento del naufrago* (Papiro Leningrado, 1.115), fechado hacia el año 2000 a. de C., es quizá la obra más emblemática de toda la literatura en escritura egipcia clásica. En apenas ciento noventa líneas el escriba relata de una manera fresca y amena las aventuras de un hombre que, tras ser el único superviviente de un naufragio producido por una gran tormenta, es llevado por las olas a una misteriosa isla repleta de todo tipo de riquezas. En ella reinaba una serpiente de dimensiones descomunales —más de 15 metros, según cuenta el propio naufrago—. La descripción de este gigantesco reptil ya es llamativa en sí misma: toda ella refulgía como el mismo oro y sus cejas eran de auténtico lapislázuli.

Con todo, la parte que nos interesa es aquella en la que la serpiente cuenta al naufrago la trágica historia de cómo todos los miembros de su familia perecieron tras una fatídica catástrofe. Según la serpiente, el luctuoso suceso se produjo a causa de un incendio provocado por la colisión de «una estrella» que vino desde el cielo. Literalmente las líneas 129-130 de la copia de Moscú del cuento del naufrago dicen: «Entonces, una estrella cayó».

La gran mayoría de los egiptólogos que han trabajado este documento señala que la estrella mencionada en el cuento es un meteorito. Posiblemente, debido a la falta de un término concreto en la lengua egipcia que definiera la imagen de un meteorito o quizá pensando el escriba que realmente este objeto no era más que una simple «estrella que cayó del cielo», acabó decantándose por el término «*seba*», es decir,

«estrella», para denominar tan singular llamada de atención de los dioses.



Pasaje en el que se habla de la estrella en *El cuento del naufrago* (A. de Buck).

La serpiente, por su parte, ha sido interpretada como una alegoría del dios solar Ra. Su aspecto dorado, el hecho de que en su familia fueran setenta y cinco miembros, lo que coincide con los setenta y cinco nombres que tenía este dios, y otros supuestos paralelismos parecen relacionar la presencia del naufrago en la isla con una representación figurada del paso del hombre al más allá.

Hay quien ha visto en *El cuento del naufrago* un relato velado de la colisión de una nave espacial. Me parece absurdo. Para ellos, la figura de la serpiente representaría al único superviviente de los pasajeros que tripulaban dicha nave (sic). Su aspecto dorado sería la descripción primitiva de una extraña clase de traje espacial que cubriría al insólito reptil.

Pero todo parece indicar que efectivamente se trata de la recreación de la caída de un meteorito. Contamos con varios descubrimientos arqueológicos de lingotes de hierro meteorítico hallados en diferentes tumbas de época tan arcaica como el Imperio Antiguo, mil años antes de que el mineral de hierro apareciera en Egipto de manos de los hititas, con uno de los cuchillos descubiertos en la tumba de Tutankhamón (1330 a. de C.). Muy probablemente, los sacerdotes egipcios, viendo la procedencia estelar de estos meteoritos, pu-

dieron llegar a pensar que se trataba de algún tipo de mensaje de los dioses o algo parecido, de suerte que guardaron los restos de la piedra, restringiendo su conocimiento y uso a los iniciados más avezados de los templos.

## LOS «SOLES» DE AMARNA

El último ejemplo que quiero comentar aquí pertenece a uno de los periodos más problemáticos de toda la historia egipcia y no precisamente porque haya sido marginado del estudio de los investigadores. Me refiero a la época de Amarna, hacia el 1350 a. de C. En apenas diecisiete años se sucedieron circunstancias atípicas a la cultura egipcia que repercutieron en un cambio radical en las formas de pensamiento, el arte, las relaciones internacionales, etcétera. Amenofis IV, Akhenatón, casado con la hermosa y famosa Nefertiti y de quien con el tiempo se ha sabido que no era ningún demente y que sabía a la perfección lo que se hacía, imaginó una nueva religión basada en la energía que desprendía el disco solar en contraposición a la divinidad tradicional del Sol como astro celeste.

Las teorías tradicionales siempre han visto que Akhenatón, para generar una ruptura clara con el influyente clero del dios tebano Amón, se las ingenió para construir una nueva capital para Egipto, Akhetatón —«el horizonte del disco solar»—, a mitad de camino entre las dos ciudades más importantes del país: Menfis al norte y Tebas al sur. De esta manera, una decisión política sirvió para que se diseñara de nueva planta una capital ubicada en el Egipto Medio.

Sin embargo, Cyril Aldred, uno de los mejores egiptólogos del siglo XX y profundo estudioso de la época amarniana y de la figura de Akhenatón, no parece estar muy convencido de estos planteamientos. Según él, la construcción de Akhetatón, la nueva capital, se debió a la necesidad de construir un hogar para el dios al igual que sucedía con otras divinidades egipcias. Amón tenía su sede en Tebas; Ptah en Menfis; Khnum en Elefantina y Ra en Heliópolis.

Ahora bien, si tal y como nos mencionan los himnos referidos a Atón, éste era tan universal que sus rayos cubrían toda la faz de la tierra y que él mismo era el límite de todas las cosas, ¿por qué eligió Akhenatón un lugar tan alejado de otros centros urbanos o de las rutas comerciales? ¿Por qué no eligió un emplazamiento ya existente donde pudiera reutilizar una infraestructura agrícola y prefirió comenzar desde cero en un territorio yermo de poco más de 200 kilómetros cuadrados? Los textos nos dan la respuesta.

En las estelas de frontera que se erigieron en el contorno de la nueva capital, Akhenatón hace referencia a las extrañas circunstancias que rodearon tan singular fundación urbana. Según éstas, el propio dios Atón se apareció a Akhenatón en forma de «gran disco» y se posó sobre el lugar exacto en donde quería que se le construyera la ciudad.

Este suceso, que recuerda asombrosamente a la mayoría de las apariciones marianas modernas, en las que la Virgen María promueve la construcción de una capilla sobre el lugar de la aparición, es un hecho sin precedentes en la religión egipcia. El carácter misterioso y esotérico de estas creencias hacía que los dioses nunca se aparecieran a los hombres a excepción de a los propios sacerdotes, aunque siempre en las profundidades del recinto sagrado.

¿Qué es lo que vio Akhenatón? ¿Vio realmente este faraón un disco posándose sobre una colina o se trataba de la simple majadería de un loco fanático?

El propio nombre de la ciudad en jeroglífico, Akhetatón, puede resultar esclarecedor. Aunque literalmente signifique «el horizonte del disco solar», Akhenatón pudo utilizar este término porque le recordaba mucho su extraña visión. El ideograma que viene a significar «horizonte» en egipcio se escribe con el dibujo de un disco sobre unas montañas.

Las estelas de frontera que antes comentaba son en este sentido muy ambiguas al igual que todos los textos religiosos de este periodo. Nos hablan de la aparición de discos de Atón, de soles, con una parafernalia teológica muy simple: «... y así sucedió que, estando el faraón en la caza del león y siendo

pleno día, sus ojos se detuvieron en un disco refulgente posado sobre una roca, y éste latía como el corazón del faraón, y su brillo era como el oro y la púrpura», «¡Oh, disco solar, que con tu brillo refulgente palpitas como un corazón y mi voluntad parece la tuya! ¡Oh, disco de fuego, que me alumbra y tu brillo y tu sabiduría son superiores al Sol!»

Los documentos son tan ambiguos pero claros al mismo tiempo, que no hay duda de que estamos ante de una simple alabanza a Atón, no al Sol directamente, sino a la energía vivificadora que emanaba de él.

## BIBLIOGRAFÍA

---

- Danyans, E., *Platillos volantes en la Antigüedad*, Barcelona, 1967.
- Rachewiltz, B. de, «The Meteorological or Tullis Papyrus», *Doubt*, 41, 1953.
- Reisner, G., y Reisner, M. B., «Inscribed Monuments from Gebel Barkal», *Zeitschrift für Ägyptischen Sprache und Altertumskunde*, 69, 1933.
- Serrano Delgado, J. M., *Textos para la Historia Antigua de Egipto*, Madrid, 1993.